

COMPARTIENDO EL EVANGELIO

Reflexiones de Monseñor Rubén Oscar Frassia

(Emitidas por radios de Capital y Gran Buenos Aire)

Domingo cuarto durante el año, Ciclo A

Evangelio según San Mateo 5,1-12–ciclo A

Seguían a Jesús grandes multitudes que llegaban de Galilea, de la Decápolis, de Jerusalén, de Judea y de la Transjordania. Al ver a la multitud, Jesús subió a la montaña, se sentó, y sus discípulos se acercaron a él. Entonces tomó la palabra y comenzó a enseñarles, diciendo: "Felices los que tienen alma de pobres, porque a ellos les pertenece el Reino de los Cielos. Felices los pacientes, porque recibirán la tierra en herencia. Felices los afligidos, porque serán consolados. Felices los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados. Felices los misericordiosos, porque obtendrán misericordia. Felices los que tienen el corazón puro, porque verán a Dios. Felices los que trabajan por la paz, porque serán llamados hijos de Dios. Felices los que son perseguidos por practicar la justicia, porque a ellos les pertenece el Reino de los Cielos. Felices ustedes, cuando sean insultados y perseguidos, y cuando se los calumnie en toda forma a causa de mí. Alégrese y regocíjense entonces, porque ustedes tendrán una gran recompensa en el cielo; de la misma manera persiguieron a los profetas que los precedieron."

LAS BIENAVENTURANZAS

Son la revolución más grande que nos trae el Señor que, de alguna manera, da vuelta todas las cosas y supera muchísimas veces la lógica, la razón. Porque hay razones que -muchas veces- son geniales, pero la razón está superada por el corazón, por el amor; que también lo decía Blas Pascal.

Es importante reconocer que el Evangelio de Jesucristo nos lleva a tener alma de pobres, de humildes, de necesitados, de carentes, pero el mensaje no se reduce a una condición social; es una actitud interior que a veces presupone pero que supera ampliamente: el corazón, el interior, el espíritu; no podemos reducir las cosas a cosas sociales porque no son verdad. Hay que tener espíritu de pobre.

Así todas las cosas que Él nos va diciendo: los afligidos, los pacientes, los que tienen hambre y sed de justicia, los misericordiosos, lo que tienen el corazón puro, los que trabajan por la paz, los que son perseguidos, insultados. En algún momento se repite y se da en cada uno de nosotros: la traición de un amigo, la incomprensión de los otros, la persecución por la envidia de otros; estas cosas suceden. Recordemos cuando estábamos celebrando la Navidad y a los pocos días, en la Liturgia, el 28 de diciembre estábamos conmemorando a los Mártires Inocentes; los niños que fueron matados por Herodes con lo que pretendían también matar a Jesús. Siempre una cosa y la otra.

Cuando uno es humilde dice la verdad; cuando uno es humilde se abre a Dios, se abre a los demás, se abre a la Iglesia; pero cuando uno se cierra es porque es egoísta o porque no puede, o no quiere, o porque no es humilde. La humildad es el reconocimiento de que Dios está presente en nosotros. Repasemos estas bienaventuranzas y tratemos de encarnarlas en cada uno de nosotros. Yo les aseguro que seremos más libres, seremos más veraces, tendremos más libertad y seremos más justos.

Que Jesús nos ayude a vivir -con fe- el espíritu de las bienaventuranzas.

Les dejo mi bendición: en el Nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.
Amén